

SOBRE CARLOS II, ÚLTIMO REY DE LA DINASTÍA DE LOS AUSTRIAS

Carlos II fue el último hijo del rey Felipe IV y el único varón legítimo. El propio Felipe había confesado que este hijo fue producto de la última cópula que logró mantener con su segunda esposa Mariana de Austria, atreviéndose uno de los médicos del monarca a decirle que *“su majestad dejó para la reina sólo las escurriduras”*.

El domingo 6 de noviembre nació *“un robusto varón, de hermosísimas facciones, cabeza proporcionada, pelo negro y algo abultado de carnes”* según apareció escrito del modo más adulador posible en la *“Gazeta de Madrid”*, cosa totalmente diferente de lo que comunicó el Embajador de Francia a Luis XIV pocos días después: *“El Príncipe parece bastante débil; muestra signos de degeneración; tiene flemones en las mejillas, la cabeza llena de costras y el cuello le supura”* y más adelante, *“asusta de feo”*.

No mucho cambió el aspecto de aquella criatura en años sucesivos que sólo conservó la cabeza grande. No menos de catorce amas de cría “titulares” y otras tantas “de respeto” elegidas entre 62 candidatas, le alimentaron durante cuatro años y no continuaron mas porque pareció indecoroso que el rey de España, puesto que ya lo era por haber muerto Felipe IV, estuviera todavía en el periodo de lactancia.

Hasta los seis años no pudo andar ni casi mantenerse en pie. Como patología infecciosa diremos que además de los padecimientos bronquiales, a los 6 años tuvo sarampión y varicela; a los 10, rubeola y a los 11, viruela. Añádanse a esto, ataques epilépticos hasta los 15 que reaparecieron al final de su vida.

Pero lo más preocupante era su escaso desarrollo intelectual. Fue Carlos II un débil mental que solo pudo comenzar a hablar de modo inteligible a los diez años y nunca supo escribir correctamente.

A sus 18 años, su pequeño cerebro estaba ilusionado con su próximo enlace matrimonial. La elegida era doña María Luisa de Orleáns, jovencita de 17 años, sobrina de su hermana María Teresa, esposa de Luis XIV. Don Carlos se había vuelto loco de amor al conocerla en un retrato, lo contrario que a ella le ocurrió a pesar de que el cuadrito de Claudio Coello venía rodeado en un riquísimo marco de brillantes.

La boda se celebró el 18 de noviembre de 1679 en el pequeño pueblo de Quintanapalla, cerca de Burgos. Sin embargo, ni el entusiasmo de aquella primera noche ya en la Capital ni las del Buen Retiro de Madrid y luego en el Alcázar, ni la buena disposición de la reinicita lograron que se produjera el ansiado embarazo. María Luisa, al año, seguía tan virgen como vino pues ni se consumó el acto matrimonial ni la precocísima eyaculación del Rey “permitían simultanear ambas efusiones” como elegantemente escribían los Médicos de Cámara. Y es que la impotencia de don Carlos era verdadera.

Cuando murió la Reina el 12 de febrero de 1689 a consecuencia de una apendicitis, el Rey quedó destrozado, pero como la vanidad del hombre es grande, Carlos II acogió con alegría la proposición que a los diez días del óbito real le hizo el Consejo de Estado para que se volviera a casar. Eligieron a Mariana de Neoburgo, una princesa cuyo único mérito era el que sus padres, los Electores de Sajonia habían tenido 23 hijos. Las nupcias se celebraron en Valladolid el 4 de mayo de 1690 pero a pesar de su valioso antecedente genésico, no hubo manera que llegase la suspirada descendencia.

Cuando ya en plena decadencia física, en 1698 el propio Rey pidió al Inquisidor General, Cardenal Rocaberti que investigara su posible encantamiento, aprovechó el Confesor Real Padre Froilan Diaz para organizar un increíble proceso. Sabía que en Caldas de Tineo había un Convento que acogía varias monjas posesas y que el capellán, Fray Antonio Alvarez Arguelles, tenía poderes para pedir al Diablo que le revelara cómo, porqué y por quién el Rey estaba hechizado. ¡Cómo es posible que se creyeran aquellas patrañas que según el fraile aseguró, el mismo Demonio había pronunciado jurando ante el Santísimo Sacramento. Satanás dijo *“que el hechizo se lo habían dado en una taza de chocolate el 3 de abril de 1675 en la que habían disuelto sesos de un ajusticiado para quitarle el gobierno; entrañas para quitarle la salud y riñones para corromperle el semen e impedir la generación y que la causante fue la reina Viuda doña Mariana para seguir gobernando”*. Al pobre Rey le dieron una serie de asquerosas pócimas que empeoraron su delicada salud y viendo tan mal su estado, doña Mariana de Neoburgo preguntó al Consejo de la Inquisición si aquellos métodos eran adecuados. En respuesta, el Padre Froilán fue procesado.

Mas no se terminó con esto el problema pues desde Viena y enviado por Leopoldo I, llegó a Madrid otro visionario, el capuchino Fray Mauro Tenda que interrogó terroríficamente al pobre Monarca concluyendo que no estaba endemoniado pero sí hechizado y propuso un plan de tipo psicológico, concluyendo finalmente que *“si la receta falla y el dolor persiste, será señal de que la dolencia tiene causas naturales y ha de ser curada por los médicos”*, y así fue.

Los médicos hicieron el resto con remedios increíbles: pichones recién muertos sobre la cabeza para evitar la epilepsia y entrañas calientes de corderos para sus procesos intestinales.

Desde septiembre de 1700 las noticias sobre la salud del Monarca se envían casi diariamente. El 5 de octubre escribe el Dr. Goleen: *“Su Majestad recibió los Sacramentos. La enfermedad es grave pues en pocos días ha tenido más de 200 cursos (deposiciones); perdió el apetito y está extenuadísimo, al punto de parecer un esqueleto”* Todavía duró tres semanas más.

En la autopsia apareció el corazón muy pequeño, *“del tamaño de un grano de pimienta, los pulmones corroídos, los intestinos putrefactos y gangrenosos, en el riñón tres grandes cálculos, un solo testículo, negro como el carbón y la cabeza llena de agua”*.

Así terminó Carlos II y una dinastía enferma.

